

CANTO XVIII

LOS PRETENDIENTES VEJAN A ODISEO

En esto llegó un mendigo del pueblo que solía pedir por la ciudad de Itaca y sobresalía por su vientre insaciable, por comer y beber sin parar. No tenía vigor ni fortaleza, pero su cuerpo era grande al mirarlo. Su nombre era Arneo, que se lo puso su soberana madre el día de su nacimiento, pero todos los jóvenes le llamaban Iro, porque solía ir de correveidile cuando alguien se lo mandaba. Cuando llegó, empezó a perseguir a Odiseo por su casa y le insultaba diciendo aladas palabras:

«Viejo, sal del pórtico, no sea que te arrastre por el pie. ¿No has oído que todos me hacen guiños incitándome a que te arrastre? Yo, sin embargo, siento vergüenza. Conque levántate, no sea que nuestra disputa llegue a las manos.»

Y mirándole torvamente dijo el muy astuto Odiseo:

«Desgraciado, ni te hago daño alguno ni te dirijo la palabra, y no siento envidia de que alguien te dé, aunque recojas muchas cosas. Este umbral tiene cabida para los dos y no tienes por qué envidiar lo ajeno. Me pareces un vagabundo como yo y son los dioses los que dan fortuna. Pero no me provoques a luchar, no sea que me irrites y, con ser viejo, te empape de sangre el pecho y los labios. Así tendría más tranquilidad para mañana, pues no creo que volvieras por segunda vez al palacio de Odiseo Laertiada.»

Y el vagabundo Iro le contestó airado:

«¡Ay, ay, qué deprisa habla este gorrón que se parece a una vieja ennegrecida por el hollín! Y eso que podría yo pensar en dañarle golpeándolo con las dos manos y arrancar todos los dientes de sus mandíbulas, como los de un cerdo devorador de mieses, y tirarlos al suelo. Ponte el ceñidor para que todos vean que luchamos; aunque ¿cómo podrías luchar con un hombre más joven?»

Así es como se iban encolerizando sobre el pulimentado pavimento, delante de las elevadas puertas. La sagrada fuerza de Antínoo oyó a los dos y sonriendo dulcemente dijo a los pretendientes:

«Amigos, nunca hasta ahora nos había tocado en suerte una diversión como la que dios nos ha traído a esta casa. El forastero e Iro están incitándose mutuamente a llegar a las manos. Así que empujémosles enseguida.»

Así dijo y todos comenzaron a reírse; rodearon a los andrajosos mendigos y les dijo Antínoo, hijo de Eupites:

«Escuchadme, ilustres pretendientes, mientras os hablo. Hay en el fuego unos vientres de cabra, éstos que hemos dejado para la cena llenándolos de grasa y de sangre. El que venza de los dos y resulte más fuerte podrá levantarse él mismo y coger el que quiera. Además, podrá participar siempre de nuestro banquete y no permitiremos que ningún otro mendigo se nos acerque a pedir.»

Así dijo Antínoo y les agradó su palabra. Entonces el astuto Odiseo les dijo con intenciones engañosas:

«Amigos, no es posible que un viejo luche con un hombre más joven, sobre todo si está abrumado por el infortunio, pero el perverso vientre me empuja a que sucumba ante sus golpes. Conque, vamos, juradme todos con firme juramento que nadie prestará ayuda a Iro y me golpeará con mano pesada injustamente, haciéndome sucumbir ante éste por la fuerza.»

Así dijo, y todos juraron como les había pedido. Así que cuando habían completado su juramento dijo entre ellos la sagrada fuerza de Telémaco:

«Forastero, si tu corazón y tu valeroso ánimo te empujan a defenderte de éste, no temas a ninguno de los aqueos, pues tendrá que luchar contra muchos más quien te mate. Yo soy quien te hospeda y los dos reyes Antínoo y Eurímaco, ambos discretos, aprueban mis palabras.»

Así dijo, y todos asintieron. Así que Odiseo ciñó sus miembros con los andrajos y dejó al descubierto unos muslos grandes y hermosos y al descubierto quedaron sus anchos hombros, su torso y sus pesados brazos.

Entonces Atenea se puso a su lado y fortaleció los miembros del pastor de su pueblo. Todos los pretendientes se asombraron muy mucho y uno decía así al que tenía al lado:

«Pronto este Iro va a dejar de ser Iro y tener la desgracia que se ha buscado; ¡menudos muslos deja ver el viejo a través de sus andrajos!»

Así decían, y el corazón le dio un vuelco a Iro de mala manera. Pero aun así los escuderos le ciñeron y arrastraron a la fuerza atemorizado. Y sus carnes le temblaban en todo el cuerpo. Entonces Antínoo le dijo su palabra y le llamó por su nombre:

«¡Ojalá no existieras, fanfarrón, ni hubieras nacido si tanto tiembles y temes a éste, a un viejo abrumado por el infortunio que le ha alcanzado! Pero te voy a decir algo que se va a cumplir: Si éste te vence y resulta más fuerte, te meteré en negra nave y te enviaré al continente, al rey Equeto, azote de todos los mortales, para que te corte la nariz y las orejas con cruel bronce y arrancando tus miembros se los arroje a los perros para que se los coman crudos.»

Así dijo, el temblor se apoderó todavía más de sus miembros y lo arrastraron hacia el medio. Y los dos extendieron sus brazos.

Entonces, el sufridor, el divino Odiseo, dudó entre derribarlo de forma que su alma le abandonara al caer o derribarlo suavemente y extenderlo en el suelo. Y mientras así dudaba le pareció más ventajoso derribarlo suavemente para que los aqueos no sospecharan nada. Así que levantando ambos los brazos, Iro golpeó a Odiseo en el hombro derecho y Odiseo golpeó el cuello de Iro bajo la oreja y rompió por dentro sus huesos. Al punto bajó por su boca la negra sangre y cayó al suelo gritando. Pateaba contra el suelo y hacía rechinar sus dientes, y los ilustres pretendientes levantaron sus manos y se morían de risa. Entonces Odiseo le asió por el pie y lo arrastró a lo largo del pórtico hasta llegar al patio y las puertas de la galería. Lo dejó sentado contra la cerca del patio, le puso el bastón entre las manos y le dirigió aladas palabras:

«Quédate ahí sentado para espantar a cerdos y perros, y no pretendas ser jefe de forasteros y mendigos, miserable como eres, no sea que te busques un mal todavía mayor.»

Así diciendo echó a sus hombros el sucio zurrón rasgado por muchas partes, en el que había una correa retorcida, volvió al umbral y se sentó. Los pretendientes entraron riéndose suavemente y le felicitaban con sus palabras, y uno de los jóvenes arrogantes decía así:

«Forastero, que Zeus y los demás dioses inmortales te concedan lo que más desees y sea caro a tu corazón, pues has hecho que este insaciable deje de vagabundear por el pueblo. Pronto lo llevaremos al continente, al rey Equeto, azote de todos los mortales.»

Así decían y el divino Odiseo se alegró con el presagio. Entonces Antínoo le puso al lado un gran vientre lleno de grasa y sangre. También Anfínomo puso a su lado dos panes que tomó de la cesta, le ofreció vino en copa de oro y dijo:

«Salud, padre forastero; que seas rico y feliz en el futuro, pues ahora estás envuelto en numerosas desgracias.»

Y contestándole dijo el muy astuto Odiseo:

«Anfínomo, de verdad que me pareces discreto, siendo hijo de tal padre, pues he oído la fama que tiene Niso de Duliquia de ser gallardo y rico. Dicen que eres hijo de éste y pareces hombre discreto. Por eso te voy a decir algo -préstame atención y escúchame-: nada cría la tierra más endeble que el hombre de cuantos seres respiran y caminan por ella. Mientras los dioses le prestan virtud y sus rodillas son ágiles, cree que nunca en el futuro va a recibir desgracias; pero cuando los dioses felices le otorgan miserias, incluso éstas tiene que soportarlas con ánimo paciente contra su voluntad. Pues el pensamiento de los hombres terrenos cambia con cada día que nos trae el padre de hombres y dioses. También en otro tiempo yo estuve a punto de ser rico y feliz entre los hombres, pero cometí numerosas violencias cediendo a mi fuerza y poder por confiar en mi padre y mis hermanos. Por esto ningún hombre debe ser nunca injusto, sino retener en silencio los dones que los dioses le hagan.

«Estoy viendo a los pretendientes maquinar acciones semejantes, trasquilando los bienes y deshonorando a la esposa de un hombre que, te aseguro, no estará ya mucho tiempo lejos de los suyos y su patria, por el contrario, está cerca. Conque ¡ojalá un dios te saque de aquí y lleve a casa para no tener que enfrentarte con aquél el día que regrese a su tierra patria!; que creo no va a ser sin sangre la contienda entre él y los pretendientes, cuando haya entrado en su hogar.»

Así habló, después de hacer libación bebió el delicioso vino y volvió a depositar la copa en manos del conductor de su pueblo. Éste marchó por el palacio acongojado en su corazón moviendo la cabeza, pues ya veía en su interior la perdición. Pero ni aun así consiguió escapar a la muerte, que también a éste sujetó Atenea bajo los brazos de Telémaco para que sucumbiera con fuerza a su lanza.

Y volvió a sentarse en el sillón de donde se había levantado.

Entonces la diosa de ojos brillantes, Atenea, puso en la mente de la hija de Icario, la prudente Penélope, la idea de aparecer ante los pretendientes, a fin de que ensanchara aún más el corazón de éstos y resultara aún más respetable que antes a los ojos de su esposo e hijo. Sonrió sin motivo, dijo su palabra a la dispensera y la llamó por su nombre:

«Eurínome, mi ánimo desea, aunque nunca antes lo deseó, mostrarme ante los pretendientes por odiosos que me sigan siendo. Voy a decir a mi hijo una palabra que quizá le resulte provechosa: que no se mezcle con los pretendientes, quienes le hablan bien, pero por detrás le piensan mal.»

Y Eurínome, la dispensera, le dirigió su palabra:

«Sí, todo esto lo dices como te corresponde, hija. Conque ve y di a tu hijo tu palabra y nada le ocultes, pero antes lava tu cuerpo y pinta tus mejillas. No vayas con el rostro tan empapado de llanto, que es cosa mala andar siempre entre penas. Tu hijo es ya tan grande como pedías a los inmortales verlo, cubierto de barba.»

Y le contestó la prudente Penélope:

«Eurínome, no digas, por más que te cuides de mí, que lave mi cuerpo y unja mis mejillas con aceite, que los dioses que ocupan el Olimpo me arrebataron la belleza el día que aquél se marchó en las cóncavas naves. Pero dile a Autónoe e Hipodamia que vengan, a fin de que me acompañen por el palacio. No quiero presentarme sola ante hombres, pues siento vergüenza.»

Así dijo, y la anciana atravesó el mégaron para dar el recado a las mujeres y apremiarlas a que marcharan.

Entonces Atenea, la diosa de ojos brillantes, concibió otra idea: derramó sobre la hija de Icario dulce sueño y ésta echóse a dormir en la misma silla y todos los miembros se le aflojaron. Entretanto, la divina entre las diosas le otorgó dones inmortales para que los aqueos se admiraran al verla. En primer lugar limpió su hermoso rostro con la

belleza inmortal con que suele adornarse Citerea, de linda corona, cuando comparte el deseable coro de las Gracias. También la hizo más alta y más fuerte a la vista y la hizo más blanca que el marfil tallado. Realizado esto, se alejó la divina entre las diosas y llegaron del mégaron las siervas de blancos brazos, acercándose con vocerío.

Entonces abandonó el sueño a Penélope, frotóse las mejillas con sus manos y dijo:

«¡Qué blando letargo ha cubierto mis sufrimientos! Ojalá la casta Artemis me proporcionara una muerte así de blanda ahora mismo, para no seguir consumiendo mi vida con corazón acongojado en la nostalgia de las muchas virtudes de mi marido, pues era el más excelente de los aqueos.»

Así diciendo, abandonó el brillante piso de arriba, pero no sola, que la acompañaban dos siervas. Cuando llegó juntó a los pretendientes la divina entre las mujeres se detuvo junto a una columna del ricamente labrado techo, sosteniendo ante sus mejillas un grueso velo. Y una diligente sierva se colocó a cada lado. Las rodillas de los pretendientes se debilitaron allí mismo -pues había hechizado su corazón con el deseo--- y todos desearon acostarse junto a ella en la cama.

Entonces se dirigió a Telémaco, su querido hijo:

«Telémaco, ya no tienes voluntad ni juicio firmes. Cuando eras niño regías tus intereses aún mejor que ahora; en cambio, ahora que eres grande y has alcanzado la medida de la juventud -y eso que cualquiera pensaría que eres hijo de un hombre rico mirando tu talla y hermosura, un ser de otro sitio-, y no tienes voluntad ni juicio como es debido. ¡Qué acción es esta que se ha producido en el palacio...!, y tú que has permitido que se ultrajara a este forastero... ¿Qué pasaría si un huésped alojado en nuestro palacio recibiera este doloroso trato? Seguro que la vergüenza y el escarnio de las gentes serían para ti.»

Y Telémaco le contestó discretamente:

«Madre mía, no me voy a indignar porque te irrites conmigo, que pienso en mi interior y sé muy bien cada cosa, lo bueno y lo malo, aunque hasta ahora he sido todavía un niño. Pero no puedo pensar en todo con discreción, pues me asustan éstos que se sientan a mi lado maquinando maldades y yo no tengo quien me ayude. El altercado entre el forastero e Iro se ha producido no por voluntad de los pretendientes, sino porque aquél era más vigoroso.

«¡Ojalá -por Zeus padre, Atenea y Apolo- que los pretendientes inclinaran su cabeza vencidos, en el patio los unos, dentro de la casa los otros, y se les aflojaran los miembros de la misma forma que el desdichado Iro está ahora sentado con la cabeza gacha, semejante a un borracho, sin poder tenerse en pie ni volver a casa, pues sus miembros están flojos.»

Así se decían uno a otro. Y Eurímaco se dirigió a Penélope con palabras:

«Hija de Icario, prudente Penélope, si te contemplaran todos los aqueos de Argos de Yaso, serían muchos más los pretendientes que se banquetearan desde el amanecer en vuestro palacio, pues sobresaes entre las mujeres por tu forma y talla y por el juicio que tienes dentro bien equilibrado.»

Y le contestó luego la prudente Penélope:

«Eurímaco, en verdad han destruido los inmortales mis cualidades -forma y cuerpo-, el día en que los aqueos se embarcaron para Ilión, y con ellos estaba mi esposo Odiseo. Si al menos viniera él y cuidara mi vida, mayor sería mi gloria y yo más bella, pero estoy afligida, pues son tantos los males que la divinidad ha agitado contra mí. Cuando marchó Odiseo abandonando su tierra patria, me tomó de la mano derecha por la muñeca y me dijo: "Mujer, no creo que vuelvan incólumes de Troya todos los aqueos de buenas grebas, que dicen que los troyanos son buenos luchadores, tanto lanzando el

venablo como las flechas o montando en veloces caballos, los cuales pueden decidir rápidamente una gran contienda cuando está equilibrada. Por esto, no sé si va a librarme dios o perecerá en la misma Troya. Cuida tú aquí de todo; presta atención a mis padres en el palacio como ahora, o todavía más, cuando yo esté lejos. Cuando veas que mi hijo ya tiene barba, cástate con quien desees y abandona tu casa." Así dijo aquél y todo se está cumpliendo. Llegará la noche en que el odioso matrimonio salga al encuentro de esta desgraciada a quien Zeus ha quitado la felicidad. Pero me ha llegado al corazón esta terrible aflicción: no suele ser así -al menos antes no lo era- el comportamiento de los pretendientes que quieren cortejar a una mujer noble, hija de un hombre rico, rivalizando entre sí; suelen llevar vacas y rico ganado para festín de los amigos de la novia y entregar a ésta brillantes presentes, pero no comerse sin pagar una hacienda ajena.»

Así habló, y se llenó de alegría el sufridor, el divino Odiseo porque trataba de arrancar regalos y hechizar sus corazones con blandas palabras, mientras su mente revolvía otras intenciones.

Entonces Antínoo, hijo de Eupites, se dirigió a ella:

«Hija de Icario, prudente Penélope, recibe los dones que quieran traerte los aqueos -pues no es bueno rechazar un regalo-, que nosotros no iremos a trabajo ni a parte alguna hasta que te desposes con el mejor de los aqueos.»

Así habló Antínoo y les agradó su palabra. Así que cada uno envió a un heraldo para que trajera presentes. A Antínoo le trajo su heraldo un gran peplo hermoso, bordado y con doce broches todos de oro encajados en sus bien dobladas corchetes. A Eurímaco le trajo enseguida un collar adornado de oro, engarzado con ámbar, como un sol. Sus siervos le llevaron a Euridamente dos pendientes con tres perlas, grandes como moras, que despedían una gracia sin cuento. De casa de Pisandro, el soberano hijo de Polictor, trajo un siervo una gargantilla, hermoso adorno. Cada uno de los aqueos llevó su hermoso regalo. Entonces subió la divina entre las mujeres al piso superior y a su lado las siervas portaban los hermosísimos presentes.

Los pretendientes se entregaron a la danza y al deseable canto y esperaron a que llegara la tarde, y cuando estaban gozando se les echó encima la oscura tarde. Entonces colocaron tres parrillas en el palacio para que les alumbraran, y en ellas madera seca, muy seca, reseca, recién cortada con el bronce, y la mezclaron con teas. Y las siervas del sufridor Odiseo se alternaban para alumbrar. Entonces les dijo el mismo hijo de los dioses, el muy astuto Odiseo:

«Siervas de Odiseo, señor vuestro largo tiempo ausente, marchad a las habitaciones de la venerable reina y moved la rueca junto a ella y divertidla sentadas en su estancia, o cardad copos de lana en vuestras manos, que yo me quedaré aquí para ofrecer luz a todos éstos. Aunque quieran aguardar a Eos, de hermoso trono, no me rendirán, que tengo mucho aguante.»

Así dijo, y ellas se echaron a reír mirándose unas a otras. Entonces empezó a censurarle con palabras de reproche Melanto de lindas mejillas (la había engendrado Dolio, pero la crió Penélope y la cuidaba como a una hija y le daba juguetes, pero ni aun así sentía lástima en su corazón por Penélope, sino que solía acostarse y hacer el amor con Eurímaco). Ésta, pues, reprendió a Odiseo con palabras ultrajantes:

«Desgraciado forastero, estás tocado en tus mientes; no quieres ir a dormir a casa del herrero ni al albergue público, sino que te quedas aquí y hablas mucho con audacia, en medió de tantos hombres, sin sentir miedo en tu corazón. Seguro que el vino se ha apoderado de tus entrañas, o quizá siempre es así tu juicio y dices sandeces. Acaso estás fuera de ti por vencer a Iro, el vagabundo? Cuidado, no se levante contra ti alguien más

fuerte que Iro y, golpeándote en la cabeza con pesadas manos, te arrastre fuera del patio manchado de sangre.»

Y mirándola torvamente, le dijo el muy astuto Odiseo:

«Perra, voy a ir a contar a Telémaco lo que estás diciendo, para que te corte en pedazos.»

Así diciendo, espantó a las mujeres con sus palabras y se pusieron en camino por el palacio, y sus miembros estaban flojos por el terror, pues pensaban que había dicho la verdad. Entonces Odiseo se puso junto a las parrillas ardientes para alumbrarlos y dirigía su mirada a todos ellos, pero su corazón revolvía dentro del pecho lo que no iba a quedar sin cumplimiento.

Y Atenea no permitió que los esforzados pretendientes contuvieran del todo los escarnios que laceran el corazón, para que el dolor se hundiera todavía más en el ánimo de Odiseo Laertiada. Así que Eurímaco, hijo de Pólipo, comenzó a hablar ultrajando a Odiseo -y produjo risa a sus compañeros:

«Escuchadme, pretendientes de la famosa reina, mientras os digo lo que mi corazón me ordena dentro del pecho. Este hombre ha llegado a casa de Odiseo no sin la voluntad de los dioses, que me parece que la luz de las antorchas sale de su misma cabeza, pues no le queda ni un solo pelo.»

Así dijo, y luego se dirigió a Odiseo, destructor de ciudades:

«Forastero, ¿querrías servirme como jornalero, si te acepto, en el extremo del campo (y tu jornal será suficiente), para construir cercas y plantar elevados árboles? Te ofrecería comida todo el año y te daría ropa y calzado para tus pies. Aunque ahora que has aprendido malas artes no querrás ponerte al trabajo, sino mendigar por el pueblo para alimentar tu insaciable estómago.»

Y le contestó diciendo el muy astuto Odiseo:

«Eurímaco, si tú y yo rivalizáramos en el trabajo durante el verano, cuando los días son largos, en la siega del heno y yo tuviera una bien curvada hoz y tú otra igual para ponernos al trabajo sin comer hasta el crepúsculo -y hubiera hierba-, o si hubiera dos bueyes que arrear, los mejores bueyes, rojizos y grandes, saciados ambos de heno, de igual edad y peso, nada endebles de fortaleza, y hubiera un campo de cuatro fanegas y cediera el terrón al arado..., entonces verías si soy capaz de tirar un surco bien derecho.

«Lo mismo digo si hoy mismo el Cronida moviera guerra en algún lado y tuviera yo escudo y un par de lanzas y un yelmo de bronce bien ajustado a mis sienes; ibas a verme enzarzado entre los primeros combatientes y no mentaría mi estómago para ultrajarme. Pero eres arrogante y tu corazón es duro. Te crees grande y poderoso porque frecuentas la compañía de gente pequeña y villana, pero si viniera Odiseo de vuelta a su tierra patria, pronto estas puertas, con ser sobremanera anchas, te iban a resultar estrechas cuando trataras de salir huyendo a través del pórtico.»

Así dijo, y Eurímaco se encolerizó más todavía, y mirándole torvamente le dirigió aladas palabras:

«Ah, desgraciado, pronto voy a producirte daño por lo que dices en presencia de tantos hombres sin sentir miedo en tu corazón. Seguro que el vino se ha apoderado de tus entrañas o quizá siempre es así tu juicio y dices sandeces. ¿Acaso estás fuera de ti por haber vencido a Iro, el vagabundo?»

Así diciendo, cogió el escabel, pero Odiseo fue a sentarse junto a las rodillas de Anfínomo de Duliquia por temor a Eurímaco, y éste alcanzó al escanciador en el brazo derecho. La jarra cayó al suelo con estrépito y el copero se desplomó boca arriba gritando.

Los pretendientes alborotaron en el sombrío palacio y uno decía así al que tenía cerca:

«¡Ojalá el forastero éste hubiera muerto en otra parte antes de venir! Así no habría organizado tal alboroto. Ahora, en cambio, estamos peleándonos por culpa de unos mendigos y no habrá placer en el magnífico festín, pues está venciendo lo peor.»

Y la divina fuerza de Telémaco habló entre ellos:

« Desdichados, estáis enloquecidos y ya no podéis ocultar más tiempo los efectos de la comida y bebida. Sin duda os empuja un dios. Conque marchaos a casa a dormir ahora que os habéis banquetado bien, cuando os lo ordene el ánimo, que yo no empujaré a nadie.»

Así dijo, y todos clavaron los dientes en sus labios y se admiraban de Telémaco porque había hablado audazmente. Entonces Anfínomo, ilustre hijo de Niso, el soberano hijo de Aretes, se levantó entre ellos y dijo:

«Amigos, que nadie se moleste por lo dicho tan justamente, tocándole con palabras contrarias. No maltratéis tampoco al forastero ni a ninguno de los esclavos del palacio del divino Odiseo. Conque, vamos, que el copero haga una primera libación, por orden, en las copas, para que una vez realizada marchemos a casa a dormir. En cuanto al forastero, dejémoslo en el palacio de Odiseo al cuidado de Telémaco, ya que es a su casa donde ha llegado.»

Así dijo y a todos les agradó su palabra. El héroe Mulio, heraldo de Duliquio, mezcló vino en la crátera -era siervo de Anfínomo- y, puesto en pie, repartió vino a todos. Éstos libaron en honor de los dioses felices con delicioso vino y, cuando habían hecho la libación y bebido cuanto quiso su ánimo, se pusieron en camino, cada uno a su casa, para dormir.